

En vano pasas tus días  
De silencio y pesadumbre,  
De tu escasa incertidumbre  
Acrecentando el afán.

“¿Si volverá?”—se pregunta  
Todos los días Aurora.  
“¿Qué hará don Félix ahora?”  
En eso piensa no más.  
Verle venir á lo lejos  
A cada instante imagina,  
Mas la ilusión peregrina  
No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda  
Consuelo estéril la ofrece;  
Su duelo no desvanece  
La verdad ni la razón.  
Si acaso muestra en sus labios  
El buen viejo una sonrisa,  
Una lágrima le avisa  
De que pena el corazón.

Y pasa día tras día,  
Consúese hora tras hora,  
Mas no consuelan á Aurora  
La razón ni la verdad:  
Los días pasa en silencio,  
Pasa las noches llorando,  
Continuamente arraigando  
Su amor en la soledad.

“No llores, mi bien, la dice  
Desolado el pobre viejo:  
Al fin es mejor consejo,  
Lo que se pierde olvidar.”  
Y ella responde:—“Perderle,  
¿Por qué ocultar que me pesa?  
Ya sé que mi suerte es esa,  
Mas dejádmela llorar.”

“Yo os prometí, padre mío,  
No verle más, no buscarle,  
Mas no prometí olvidarle,  
Que fuera imposible á fe.  
Su imagen está con fuego  
En mi corazón grabada,  
Y eternamente guardada  
En él la conservaré.”

—“¿Y piensas, pobre inocente,  
Que él conservará la tuya?”  
—“Padre, quien quiera le arguya  
Por la palabra que dió.  
El será mi pensamiento  
Mientras me dure la vida;  
Si él, padre mío, me olvida,  
No he de culpárselo yo.”

“Solo su bien es mi anhelo,  
Y si á mi costa ha de hallarle,  
Quiera logrársela el cielo  
Si es venturoso sin mí.”  
Así á su padre llorando  
Dice la infeliz Aurora,  
Y el viejo oyéndola llora,  
Porque el triste lo cree así.

Y en esta penosa calma,  
En esta intensa amargura,  
Sin menguar su desventura

Pasaba el tiempo veloz.  
Afanábase Robleda  
Ee consolar á su hija,  
Mas ella, en don Félix fija,  
Desatendía su voz.

Pasaba el día, la triste,  
Al pie del cerro vecino,  
Siempre mirando al camino  
Con insensata avidez,  
Continuamente sentada  
En la pradera florida,  
Donde le vió á su partida  
Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda,  
Que ciego la idolatraba,  
Veía bien que la ahogaba  
Su inextinguible dolor.  
¡Pobre viejo! ¿con qué gusto  
Toda su sangre vertiera  
Para sofocar la hoguera  
De aquel insensato amor!

## V.

En una tarde de Julio  
Que los nublados embozan,  
Del sol cubriendo los rayos  
Tras de su cortina lóbrega,  
Del arroyuelo á la márgen  
Está la infeliz Aurora  
Embebecida la mente  
En lisonjeras memorias.

Pálida y desencajada,  
Aunque atractiva y hermosa,  
Piensa en que el año se cumple  
Y su don Félix no torna.  
¡Un año! Y la pobre niña  
Aun siente devoradora  
De su amor la eterna llama,  
Que el tiempo apagar no logra.

Un año va á ser que ausente  
Del dulce dueño que adora,  
Aun de su vuelta conserva  
Una ilusión mentirosa.  
Aun sale todas las tardes  
A contemplar á sus solas  
La senda por do solía  
Bajar por entre las rocas.

Aun vuelve los tristes ojos  
Con esperanza engañosa,  
Creuyendo verle á lo lejos  
Doblar la empinada loma.  
Mas nunca llega don Félix;  
Jamás amiga persona  
Trae carta ó noticia suya  
A la enamorada Aurora.

Y ella sin embargo espera;  
Mas ¡ay! esperanza loca!  
El año entero se cumple,  
Y su don Félix no torna.

¿Venís de Francia?

EL PEREGRINO.

Es mi patria.

AURORA.

¿Y la habeis andado toda?

EL PEREGRINO.

Toda la conozco á palmos  
Desde una punta á la otra.  
¿Mas qué te suspende, niña?  
¿Qué empacho pueril te estorba  
Finalizar tu pregunta?  
Nada me has dicho hasta ahora.  
Si acaso en Francia se hallare  
Alguna madre amorosa . . .

AURORA.

No la tengo.

EL PEREGRINO.

Algun hermano . . .

AURORA.

Tampoco.

EL PEREGRINO.

Alguna persona  
Querida . . . Tal vez la misma  
Ocasión de tus congojas.

AURORA.

Pues bien, anciano, es muy cierto;  
Hay una cuya memoria  
De mí no se aparta nunca.

EL PEREGRINO.

¿Un hombre?

AURORA.

Sí.

EL PEREGRINO.

¿De española  
Sangre nacido?

AURORA.

En sus reyes  
Origen su sangre toma.

EL PEREGRINO.

¿Pasó á Francia?

AURORA.

Por mi culpa.

EL PEREGRINO.

¿Le amabas?

AURORA.

Mucho.

EL PEREGRINO.

¿Y se nombra?

AURORA.

Don Félix es de Aracena.

EL PEREGRINO.

¿Altivo?

AURORA.

Y galán.

Y estaba pensando en ello  
Meditabunda y llorosa,  
Cuando en el fin del camino  
Distinguir creyó una sombra  
Que se deslizaba rápida  
Por la vereda tortuosa,  
Aclarando sus contornos  
Segun la distancia acorta.  
No es ilusión esta vez;  
Un bulto de humana forma  
Es la aparición. Los ojos  
Se la saltan de las órbitas.  
¿Con cuánta ansiedad y ahinco  
En el que viene los posa!  
Sondear quisiera, con verle,  
Su nombre, su ser, su historia.  
Y en tanto descendiendo al valle  
La aparición venturosa,  
Que es un viejo peregrino  
Con su bordon y sus conchas,  
Agil y recio de miembros:  
Su larga edad no le estorba  
Para caminar, y apenas  
Sobre su baston se apoya.  
Cana la barba y crecida,  
Talante y faz magestosa,  
Vaga sonrisa en los labios,  
Mirada escuadrinadora.

Tal era aquel extranjero  
De cuya agradable boca,  
Oyó Aurora un “Dios le guarde,”  
Tras de sonrisa amistosa.  
Y ella atenta contemplándole  
Por si tal vez le conozca,  
Volvióle la cortesía  
Con un “Vengais en buen hora.”  
Quedaron ambos un punto  
En actitud silenciosa,  
Trabando entrambos á poco,  
Un diálogo en esta forma.

EL PEREGRINO.

¿Qué haces en medio del campo  
Con la tormenta tan próxima,  
Pobre niña?

AURORA.

—Ya lo veis,

Llorar.

EL PEREGRINO.

¿Y qué es lo que lloras?

AURORA.

Mis desventuras, señor.

EL PEREGRINO.

¿Tan jóven, y ya te acosan  
El corazón las desdichas?

AURORA.

Cada día se redoblan.  
Mas perdonadme, extranjero,  
Si mi pregunta os enoja,  
Y á vuestra edad sin respeto  
Os interrumpo curiosa.

EL PEREGRINO.

¡Dichosa  
La mujer que para suya  
Tan buen caballero escoja!

AURORA.

¿Le conocéis?

EL PEREGRINO.

Si por cierto,  
Que es conocerle gran honra.

AURORA.

¡Hablad, por Dios!

EL PEREGRINO.

La fortuna  
Le acude con mano pródiga,  
Mas liberal cada día,  
De dicha y de honor le colma.  
La Francia entera le aplaude,  
Y va su nave orgullosa  
Por el mar de los favores  
Navegando viento en popa,  
El sabio rey Luis Onceno,  
Con ciega pasión le adora;  
Y el príncipe sin empacho  
Le admite en su misma alcoba;  
Con ellos á caza sale,  
Gran fama con ellos goza  
De entendido y de valiente;  
Y aunque parezca lisonja,  
No fué mejor caballero  
Con el rey Luis á Borgoña.

AURORA.

¡Callad, buen viejo, callad!  
Que la ventura me agobia  
Al oír tan gratas nuevas.  
Mas decidme, ¿tanta gloria,  
Buen peregrino, del alma  
Le habrá arrancado ambiciosa  
El amoroso recuerdo  
De su abandonada Aurora?

EL PEREGRINO.

¡Ay! todo el tiempo, hija mía,  
Lo confunde y lo trastorna;  
El curso á los ríos tuerce  
Y las montañas desploma.

AURORA.

Basta, peregrino, basta,  
Que siento que sangre brotan  
Las mal cerradas heridas  
Que mi corazón destrozan.  
¿Conque me olvida?

EL PEREGRINO.

Lo ignoro.

AURORA.

¿Mas no sabéis? . . .

EL PEREGRINO.

Que ama á otra.

AURORA.

Triste de mí! Si él me falta,  
Todo lo demás me sobra.

Y á estas palabras, sintiendo  
Que las fuerzas le abandonan,  
El extranjero los brazos  
Tendió á la infeliz Aurora:  
Cayó sin sentido en ellos,  
Y él blandamente dejola,  
De la florecida yerba  
Sobre la mullida alfombra.

Cuando tras breve desmayo  
La niña á vida volvió,  
Tendió desalentada  
Los ojos en derredor,  
Y del arroyo á la márgen  
Cuando sola se encontró,  
—“Sin duda, dijo, he soñado,  
“Así sea, ¡plegue á Dios!  
“Que á ser realidad, con ella  
“No pudiera el corazón.  
“Sí, sueño fué: el peregrino  
“Que tales nuevas me dió,  
“De mi loca fantasía  
“Fué no mas una ilusión.  
“Sí, todo ha sido un ensueño;  
“Mas cuánto me atormentó!”

En tanto, avanzaba el lóbrego  
Nublado amenazador,  
Y ya á lo lejos se oía  
Del trueno el cóncavo son.  
Zumbaba el viento arrastrándose  
En torbellino veloz,  
Mas sin templar de la atmósfera  
El hálito abrasador.  
Caían de cuando en cuando,  
Precursoras del turbión,  
Anchas y redondas gotas  
Que se tornaban vapor:  
Y amedrentadas las aves,  
De abrigo preciso en pos,  
Cruzaban el aire denso  
Sin segura dirección,  
Solo el salvaje milano  
Con vuelo fascinador  
Suspendido se cernía  
En la azulada región,  
Y á la impetuosa tormenta  
Precediendo sin temor,  
Giraba en círculos sesgos  
Graznando en áspero son.  
La senda, con lento paso,  
De su alquería tomó  
Aurora, saliendo apenas  
De su honda enagenación,  
Y por la arenosa márgen  
Del arroyo saltador,  
Hasta el umbral de su puerta  
Meditabunda llegó.  
Allí, arrancando un suspiro  
Del fondo del corazón,  
¿Qué hará don Félix?—Se dijo,  
Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo días, y viniendo días,  
Y Aurora sin ceder en sus manías,  
Un año se pasaba y otro año,  
Sin que entendiera nunca el desengaño.

Sueño no mas creyendo al peregrino,  
Creía sin embargo en la firmeza  
De don Félix, agüero sospechándolo,  
Mas feliz esperando su destino,  
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.  
¡Tal es nuestra locura!

Nunca creemos mas de los agüeros  
Que la parte de bien y de ventura:  
Si allá en noche afanosa  
Negro, espantoso, aterrador ensueño  
Con tenaz pesadilla nos acosa,  
Su memoria azarosa  
Olvidar procuramos con empeño,  
Cual creación del alma vaporosa.

Mas si dulce ilusión vancouver y risueña  
Nuestro reposo encanta,  
Al punto la juzgamos  
De grato porvenir ilusión santa.

Así pensaba Aurora,  
La vuelta de don Félix esperando,  
Fiada en su palabra engañadora;  
Siempre en su cierta ingratitud dudaba,  
Mas siempre en la fortuna,  
La fama y los honores que adquiría,  
Creía sin cesar, sin ver que fuesen  
Visiones de su amante fantasía.  
Y siempre en la ladera  
Del manso arroyo con afán sentada,  
Por la senda tendía  
La vista enamorada,  
Creyendo que don Félix volvería.

Embebida en tan dulces pensamientos,  
Una tarde de Julio calurosa  
Descansaba la niña fatigada,  
Del arroyo á la márgen arenosa:  
Los ojos en el cielo,  
En lágrimas de amor humedecidos,  
Distraída fijaba,  
Sin fé ni objeto por su azul perdidos.  
La imagen de don Félix,  
Mas que nunca amoroso,  
Mas que nunca galán, veía acaso  
Que á su valle volvía  
Con ciego amor y presuroso paso.  
Y ella, ufana á su vez con su hermosura,  
Los brazos le tendía;  
Mas ¡ay! que la vision nunca venía.  
Siempre, sí, de sus bellos pensamientos  
La efímera ventura,  
Deshacia de un soplo  
Su secreta y fatídica amargura.  
Siempre se hundían sus dorados sueños  
En el mar de sus lágrimas, y al cabo,  
Sus delirios no mas viendo la suerte  
Que aguardaba dichosa,  
Miraba al porvenir . . . y no veía

Mas esperanza que la tarda muerte,  
¡Pesadilla fatal que la oprimía!  
Y aquella bienandanza  
En que soñó á don Félix la privanza,  
Que en Francia con el príncipe gozaba,  
Todo cuanto la dijo el peregrino,  
La idea de otro amor la emponzoñaba.  
Todo era en su opinión sueño y mentira,  
Todo ilusión de su alma enamorada,  
Mas ¡cuánta fé, cuánto placer la inspira  
Su esperanza infundada!  
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre  
Su dichosa ilusión tenaz conspira  
De su amor á que dude despechada!  
¡Ay, desdichada Aurora,  
Cuán arraigada la memoria guardas  
Del ingrato amador á quien aguardas!  
Con cuánta fé tu corazón le adora!  
Y así sin claro objeto,  
Y sin clara razón, la pobre niña,  
Presa infeliz de su dolor secreto,  
Enamorada llora,  
Y del límpido arroyo en la ladera,  
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando  
Meditabunda y llorosa,  
Cuando en el fin del camino  
Distinguir creyó una sombra  
Que deslizándose rápida  
Por la vereda tortuosa,  
Se aclara y se patentiza  
Segun la distancia acorta.  
Tembló de pavor al verla,  
Que no es ilusión ahora  
De su ardiente fantasía,  
Sino realidad odiosa:  
Es el mismo peregrino  
Que ha vivido en su memoria  
Dos largos años, imagen  
De un sueño amedrentadora.  
El es, con su blanca barba,  
Su paso y faz majestuosa,  
Su indefinible sonrisa,  
Su mirada escrutadora,  
Con su sayo penitente  
Y su bordon y sus conchas.  
El es, sí; y á su presencia  
Todo lo comprende Aurora.  
Toda la verdad del sueño  
A su mente se la agolpa,  
Con el certero puñal  
De una exactitud diabólica.  
Don Félix, rico y dichoso,  
Cuya nave va orgullosa  
Por el mar de los favores  
Navegando viento en popa;  
Herederó del condado  
Que muerto su padre goza,  
Querido del rey de Francia,  
Celebrado en toda Europa  
Por entendido y valiente,  
Sin ayos que se interpongan.

Mas de su amor olvidado  
Y enamorado de otra.  
Todo esto en su mente bulle,  
Todo esto el alma la acosa,  
Como horrible desencanto  
De esperanza engañadora.  
Y ella... ¡nécia sin ventura,  
Que de firmeza blasona,  
Conserva de quien la olvida,  
La ingrata imagen que adora!  
Si aun era sueño dudaba,  
Cuando á sus oídos próximos  
Oyó una voz que decía:  
"Dios sea contigo, Aurora."  
Rompió á llorar escuchándola  
La muchacha, y su congoja  
Respetando el peregrino,  
Tras larga pausa así hablola:  
—¿Aun vives, niña, y aun amas?  
¿Y aun el raudal no se agota  
De tu llanto y de tu vida?  
¿Fortuna infeliz te toca!

AURORA.

¿Conque es verdad que á don Félix  
Proteje fortuna pródiga,  
Y en honores y riquezas  
Consigue cuanto ambiciona?  
¿Conque es verdad y no sueño  
Que ha dos años vuestra boca  
En esta misma ladera  
Me dijo que amaba á otra?  
¡Ah! quien quiera que seais,  
Hombre ó vision ilusoria,  
Que desde Francia venis  
No mas que á apagar la antorcha  
De mi esperanza, volveos;  
Tornad á esa Francia odiosa,  
De donde venir no pueden  
Mas que sierpes ponzoñosas;  
Idos, buen viejo, y dejadme  
Con mis pesares á solas;  
Dos años ha que os conozco,  
Y en vos no creí hasta ahora.

EL PEREGRINO.

¿Y no me preguntas nada?

AURORA.

Cuanto me digais me sobra  
Si Félix no vuelve.

EL PEREGRINO.

Nunca.

AURORA.

¿Conque es ella tan dichosa  
Que en las redes de su amor  
Para siempre le aprisiona?

EL PEREGRINO.

Para siempre.

AURORA.

¿Tanto le ama?

EL PEREGRINO.

Ambos con furor se adoran.

AURORA.

¿Fortunado de él!

EL PEREGRINO.

Sin duda,

Pues cuanto apetece logra.

AURORA.

¿Y ella es muy noble?

EL PEREGRINO.

Duquesa.

AURORA.

¿Jóven?

EL PEREGRINO.

Mucho.

AURORA.

¿Y muy hermosa?

EL PEREGRINO.

Toda alabanza es escasa.

AURORA.

¡Ojalá Dios les dé toda  
La dicha que les desea  
Quien por sus venturas llora!

EL PEREGRINO.

¿No le amas ya, pues tan fácil  
Su ingratitud le perdonas?

AURORA.

Cual nunca de sus recuerdos  
El fuego ¡ay Dios! me devora  
Si, mas yo solo á quien amo  
Deseo fortuna y gloria.

EL PEREGRINO.

¿Mas si él te ultraja!...

AURORA.

En amarlo

Yo pago una deuda propia;  
Si me olvida, cuenta es suya.

EL PEREGRINO.

¿Mas no de otro amor celosa...?

AURORA.

No: si él es feliz con ella,  
El no serlo yo, ¿qué importa?  
¿Por qué la ventura agena  
Querré turbar envidiosa?  
No, que gocen, y que nunca  
Les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando  
De sus lágrimas, Aurora  
Quedó al parecer tranquila;  
Mas ¡ay! calma mentirosa,  
Porque dentro de su pecho  
Fermenta devoradora  
La llama de sus pesares,  
Que ni estingue ni sofoca

La virtud que la consuela,  
Pero que su amor no doma.  
Absorto ante esta sublime  
Abnegacion generosa,  
Al fin el viejo extranjero  
Dejó correr turbia sola  
Por su tostada mejilla,  
De amargo llanto una gota.  
Y Aurora, tornando el rostro,  
En cuya faz amorosa  
Distinto aspecto sus rasgos  
Y extraño carácter toman,  
Dijo así con voz dulcísima,  
Mas firme y fascinadora,  
A la que Aurora no pudo  
Permanecer silenciosa:  
—¿Ningun deseo te resta,  
Que te se pueda lograr?

AURORA.

Solo imaginarlo, es dar  
En necesidad manifiesta.

EL PEREGRINO.

¿Quisieras volverle á ver?

AURORA.

Si, siempre verle quisiera,  
Mas sin que él verme pudiera,  
Que fuera aguar su placer.  
Si, en ser eterno testigo  
De su ventura me holgara,  
Pero sin que él sospechara  
Que estaba siempre conmigo.  
Verle, oírle noche y dia,  
Poder, cual ángel de Dios,  
Ser continuo entre ellos dos,  
Espiritu de armonía.

Inspirarle siempre fé,  
Siempre amor, siempre ventura,  
Y encontrar mi sepultura  
De su sepultura al pié.  
Mas esto, buen peregrino,  
Ya veis que es deliro necio!...  
La voluntad os aprecio,  
Mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO.

No hay cosa que á quien no pueda:  
Y nadie en la tierra sabe  
Lo que en lo posible cabe,  
Lo que en lo imposible queda.

Esto contestó aquel viejo  
A la propuesta de Aurora,  
A punto que por la tierra  
Se derramaban las sombras.  
Cerraba la noche oscura,  
Tan negra y tan tenebrosa,  
Que no alcanzaban los ojos  
A la distancia mas corta.  
El viento lánguidamente  
Suspiraba entre las rocas,  
Y alzaban triste murmullo  
Las casi agostadas hojas.

Con grande inquietud Robleda,  
De gran pesar precursora,  
De los elementos via  
La revolucion medrosa.  
Pavor sentia su alma,  
De noche tan densa y lóbrega,  
En que imagina su suerte  
Tan negra como la atmósfera.  
Y ante una ventana abierta,  
Enterrado en su poltrona,  
Al cielo sin luz miraba  
Con faz y con vista torva.  
¿Qué espera allí? Lo que nunca  
Volverá á ver mas; su Aurora,  
Su amor, la luz de sus ojos,  
El aliento de su boca.  
¡Ay, padre infeliz! bien haces  
En llorarla: llora, llora,  
Que no has de volver á verla,  
Porque el amor te la roba.

En vano al ver que se pasan  
De la noche horas tras horas,  
Por todo el valle la buscas  
Con ansiedad congojosa.  
En vano de los peñascos  
Por las quebradas recónditas,  
Con tristes voces la llamas,  
Cuando á tu voz está sorda.  
En vano vas al castillo  
Donde los restos reposan  
Del viejo conde, y preguntas  
A sus jentes lo que ignoran.  
En vano, sí, al pié del busto  
Que su sepulcro corona,  
Con supersticion sencilla  
Humildemente te postras.  
En vano sus piés besando  
De piedra insensible y tosca,  
Le ruegas que como en vida  
Vele por él y su honra.  
En vano le dices:—"Conde,  
Mira que es mi única joya,  
Y aun vive tu hijo...; Levántate  
Entre el seductor y Aurora!"

La estatua no te responde,  
Ni dentro la huesa cóncava,  
Aunque tus ayes retumben,  
Encontrarás quien los oiga.  
No, no. La buscas en vano;  
Vé, ya en el Oriente asoma  
La aurora del nuevo dia,  
Mas no volverá tu Aurora.  
Grande misterio la esconde,  
Grande voluntad la estorba  
A tus fatigados brazos  
Volver bella y cariñosa.  
Solo te quedan, buen viejo,  
Los ojos y la memoria  
Para llorarla perdida;  
Llora, desdichado, llora.

## VIII.

En una selva, del Garona á orillas,  
De antiquísimos robles rodeado,  
De recios chopos y hayas amarillas,  
De almenas y de torres coronado,  
Un enorme castillo se levanta;  
Y el viajero, mirando, se amedrenta,  
Tanto artificio y fortaleza tanta,  
Que es por demas su fábrica opulenta.

Profundos y anchos fosos le circundan,  
Cuyos cóncavos senos  
Las turbias aguas del Garona inundan;  
Y dos seguros y macizos puentes,  
De gruesas barras y cadenas llenos,  
Dos caminos franquean diferentes,  
Que á poco de la oscura fortaleza  
Se pierden de la selva en la maleza.

Por cima de los árboles copudos,  
Afrenta audaz de su estatura enana  
Y sus silvestres pabellones rudos,  
La gigantesca torre  
De los vijías se levanta ufana,  
Ceñida de esquisita filigrana,  
Que al encaje sutil parejas corre.

Allí, á merced del ábrego tendida,  
De remate sirviéndola tremola  
Una bandera sola:  
Y esa bandera sobre el bosque erguida,  
De aquella tierra protectora ejida,  
Es bandera feudal, y es española.

Sí, española; que entonces nuestra España  
No era menguada y voluntaria presa  
De la ambicion y la doblez francesa;  
Y á la extranjera posesion estraña,  
Para lavar con sangre una mancilla,  
Podia en solo un sol con justa saña  
Tercios y buques aprontar Castilla,  
Y su fiero Leon, pronto á la guerra,  
Con un rugido amedrentar la tierra.

Era española, sí; su lienzo rojo  
Mostraba de un blason en los cuarteles,  
De Aragon y Navarra los laureles,  
Los timbres de Leon y Andalucía,  
Que siempre con acérrima hidalguía  
A su Dios fueron y á su patria fieles.

En esta solitaria fortaleza,  
Cansado de las cuitas cortesanas  
Y de sus nécias ceremonias vanas,  
En los brazos del ocio y la pereza  
Un conde jóven y español vivia,  
En bailes y festines repartiendo  
Las horas de la noche, y eligiendo  
Para la caza ó la sortija el dia.

Con él iba á la par su bella esposa,  
Y á celebrar sus bodas les seguia  
Comitiva de amigos numerosa,  
Llenando sus efimeros deseos  
Los mas alambicados devaneos.  
Séquito de escuderos y vasallos,

Y sumas de dinero nunca escasas,  
Proporcionaban cañas y torneos,  
Luchas de fieras, puestas de caballos;  
Y zambras de cristianos y de moros  
Ricamento dispuestas y vestidas,  
Y aun con gasto excesivo prevenidas  
Corridas hubo de navarros toros.

Admirados quedando los franceses  
De ver un español que con destreza  
Rendia audaz de las pujantes reses  
A un trapo y un estoque la fiereza.  
A así el señor don Félix de Aracena  
Gozaba en su castillo del Garona  
De su reciente union la enhorabuena,  
De conde y duque doble la corona.

Y orgulloso ademas (que al cabo era  
En España nacido),  
De continua fortuna lisonjera  
Por demas protegido.

Mozo, rico, y feliz con la que amaba,  
De su ventura y juventud gozaba.  
¿Y quién su antojo reprochar podria?  
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaria?  
Era una noche azul, serena y clara;  
Resplandecia en el zenit la luna,  
Sin que perdida nube la manchara,  
Ante su faz cruzando inoportuna.

Lánguida brisa de campestre aroma  
Bullir entre los árboles se oia,  
Y allá del monte en la encumbrada loma,  
El manantial de la fecunda fuente  
Brillar al lejos con su luz se via,  
Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino  
Del bosque espeso, á su raudal vecino,  
Ensoberdecia el rápido Garona,  
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,  
Y su rugiente voz lanzando osado  
Del monte enmarañado

Por la frondosa y lóbrega espesura.  
Ya dentro del castillo no sonaba  
El son de los alegres instrumentos  
Que el oido á sus dueños regalaba,  
Hartos de fiesta y de pesar esentos.

Mas se veian aún por las ventanas  
Cruzar las luces y la sombra errante,  
De atentas camareras cortesanas,  
Viejo escudero, ó pajecillo amante,  
Que de la estancia oculta retiraban  
Donde ya sus señores reposaban;

Y aunque ya no se oian de contado  
Las báquicas canciones,  
Aun se via el servicio descuidado,  
Las mesas del festin en los salones.  
Y ya á su fin tocaba la carrera  
De la noche apacible,

Y la luna á su hora postrimera,  
Cuando en su rica y silenciosa estancia,  
Bajo el dorado pabellon del lecho,  
La duquesa Clotilde con su esposo  
A impulso del amor que arde en su pecho,  
En el lenguaje de la culta Francia,  
Así seguia diálogo amoroso.

CLOTILDE.

No es, Félix adorado,  
Mostrar que mancha en tu pasion sospecho,  
Tu historia demandar: te has engañado.  
Solo intentaba, pues rebelde el sueño  
Nos niega su benéfico beleño,  
Entretener nuestra tenaz vigilia  
Con divertida historia;  
Y sin pensar me vino á la memoria  
Recuerdos demandar de tu familia.

DON FELIX.

Aleja de ella, mi Clotilde hermosa,  
Toda sospecha ruin; y no te crea  
Por ignorarla sin razon zelosa;  
Yo te la contaré tal como sea,  
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

CLOTILDE.

Y yo la escucharé grata y atenta,  
Celebrando sus lances,  
Sintiendo sus percances,  
Y teniendo á la par tus travesuras  
De tu inesperta juventud en cuento.

DON FELIX.

Pues escúchame ya, ¡Clotilde mia!  
Juveniles locuras y un momento  
De sonrisa que logren arrancarte,  
Será mi recompensa y mi contento.  
Y si el cuento monótono te ausilia  
En brazos á caer de manso sueño,  
Ese favor de mas ¡oh dulce dueño!  
Deberemos los dos á mi familia.

CLOTILDE.

Empieza, Félix mio, que te escucho,  
Y estoy por tu relato  
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

DON FELIX.

Nací español; lo sabes por mi trato  
Franco y leal, y por mis nobles hechos;  
Que no hay en mi país doblez ni engaños  
En palabras de nobles, ni en sus pechos  
Miras serviles, cábalas, ni amaños.  
Era mi padre conde de Aracena,  
Para avaro heredero corto Estado,  
Mas posesion muy buena

Y herencia suficiente  
Para heredero jóven y valiente,  
Con humos y esperanzas de soldado.  
Pasé mi juventud en un castillo  
De Aracena, entregado  
A un preceptor escueto y amarillo,  
Cuya cabeza vana,

De lógica encerraba mas cuestiones,  
Que girones y puntos su sotana.  
Este me hacia leer la antigua historia,  
Mucho inútil latin y mucho griego,  
De fárrago atestando mi memoria,  
Que lo aprendia y lo olvidaba luego.  
Este viejo Fermin, que habita ahora  
Con nosotros aquí, franco soldado,  
Como niño á tratarme acostumbrado,

Ducho en caballos y en combates diestro,  
Cuando á próspera edad hube llegado,  
De armas y equitacion fué mi maestro.  
Y puedes colegir, Clotilde mia,  
Por tan ilustre y célebre colegio,  
Lo que la suerte de mi hogar seria.  
Aunque en Dios y en verdad que tengo oido,  
Que mi padre vivia en aquel tiempo  
Por la corte y el rey muy mal querido,  
Por no sé qué opiniones de partido.  
Y aquí, bella Clotilde,  
Tu indulgencia reclamo,  
Ya que á tal confesion me avengo humilde.

CLOTILDE.

¿Hay algun pecadillo  
De amor?

DON FELIX.

Precisamente  
La ocasion de salir de mi castillo,  
Que fué de esta manera.

CLOTILDE.

¡Bravamente!  
Pláceme el cuento así, franco y sencillo

DON FELIX.

Tenia entonces yo veintidos años,  
Fiero con mi selvática nobleza,  
Los riesgos del amor me eran estraños,  
Y con mil esperanzas y deseos  
Tenia, de una vez y sin rodeos,  
Fuego en el alma y aire en la cabeza.  
Allá en mi mente un mundo comprendia  
Que no era el mundo real, con largo trecho,  
Pero era un mundo como ser debia,  
De mis ideas miserables hecho.  
Yo, reducido al círculo mezquino  
De mi desmantelado castillejo,  
De un valle á él vecino,  
Y un pueblecillo viejo;  
Sin mas ocupacion que los sermones  
Del preceptor, católico latino,  
Los perros, los caballos, los halcones,  
Sin mas servicios que correr la sierra  
Al jabalí y al ciervo haciendo guerra,  
Era un mozo en verdad muy decidido,  
De quien con una direccion juiciosa  
Se podia sacar muy buen partido.

En este estado, pues, cruzando un dia  
El valle ameno á mi mansion cercano,  
En una aislada casa ó alquería  
Encontré una doncella,  
Como los sueños de un muchacho bella.

CLOTILDE.

¿Bella?

DON FELIX.

Menos que tú ¡Clotilde mia!  
Mas de tu claro sol, vívida estrella,  
Hija de un militar viejo y lisiado,  
Que habia con mi padre en sus niñeces  
Como valiente con honor lidiado,  
Y aun salvado su vida varias veces.